

## PRESENTACIÓN

1. Cuando se llega a una ciudad que desconocemos, una forma de introducirse en ella es, sencillamente, ir entrando, dejarnos llevar e impresionar por lo que nos vamos encontrando. Otra manera es informarse previamente: preguntar cuáles son sus arterias principales, para distinguir las de las callejuelas; cuándo y cómo surgió ese asentamiento y qué ha ido sucediendo de importancia ahí, a lo largo de los años o de los siglos; qué monumentos, edificios y otros testigos de esa historia vale la pena conocer; todo eso es interesante para «situarnos» en ese lugar, contemplarlo y comprenderlo mejor –sobre todo a sus gentes– en el marco de las culturas y de la historia.

Algo así buscábamos hacer en esta introducción al estudio del *Catecismo de la Iglesia Católica* (“Catechismus Ecclesiae Catholicae” = CEC). No queríamos simplemente decir «lo que dice» el Catecismo, sino elaborar un *mapa* que fuera informando y a la vez, *situando* al lector. Y para eso, no se trata sin más de presentar los distintos temas de acuerdo con la literalidad en que se exponen en el CEC; sino de enmarcarlos, relacionarlos, seguirlos hasta nuestros días e incluso apuntar explícitamente el horizonte donde nos han llevado o nos pueden llevar. Para esto nos hemos servido sobre todo de las enseñanzas de los Papas que han venido después de la publicación del Catecismo en 1992.

2. Ninguna introducción puede ser «neutra», es decir, sin presupuesto ni finalidad determinada. Por otra parte, los que llegamos a un nuevo lugar o nos enfrentamos con un nuevo texto –sea un libro o una película–, *llevamos* nuestro mundo interior: los conocimientos e impresiones previas. Es lo que los especialistas llaman la «precomprensión». Esto hace que, de modo más bien inconsciente, tendamos a dar más importancia a unas cosas que a otras, según esos intereses previos. Esto no quiere decir que estemos totalmente determinados en un sentido, o que las cosas que vamos a ver no tengan valores objetivos, unas más y otras menos. Pero sin duda nos suele ayudar que alguien nos avise de *lo que tenemos delante*, por si acaso no lo percibimos suficientemente.

Luego, del encuentro con ese libro, o con esa película o incluso con ese lugar –sea una ciudad populosa o un camino aislado en la montaña– brota el *diálogo interior* con ese «texto»: pensamientos, sentimientos, conclusiones, tantas veces ni siquiera formuladas claramente para nosotros mismos. Si tenemos la oportunidad de compartirlos con otros, quizá entremos en «diálogo exterior» con lo que ellos mismos han «sacado» de la misma experiencia u otras similares. Comprobamos que hay muchas cosas en las que coincidimos, no en todas. Esto es conocido y habitual según las leyes de lo que suele llamarse hermenéutica o interpretación de los textos, y teniendo en cuenta la pluralidad de las personas según factores como la sensibilidad, la educación y la experiencia.

3. El CEC es *un texto que implica una vida*. Recoge la *Tradición* viva de la fe cristiana en un tiempo en que muchos no la conocen bien o no la viven del todo. Al irlo leyendo y estudiando, es posible que suscite en cada uno reacciones diversas. De una introducción no se puede esperar que responda a todos los interrogantes e impresiones, pero sí, quizá, a los más comunes y previsibles. Al mismo tiempo, debería dejar abiertos los caminos para los que quieren saber más o seguir investigando por sí mismos. Algo así hemos intentado en este trabajo.

Quienes aborden el libro que el lector tiene entre sus manos como complemento de su formación cristiana, podrán reconocer una síntesis de lo que han recibido, y descubrir algunos aspectos menos explorados por ellos. Quienes se adentren en el libro por sí mismo, esperamos puedan hacerse idea de la riqueza de planteamientos de este «Catecismo» singular.

Ojalá que unos y otros se vean animados no solo a leerlo, en el caso de que no lo hayan hecho, sino también a conocerlo mejor y darlo a conocer en su ambiente. Podrán redescubrir algunas *claves educativas* de la tradición eclesial sobre la fe cristiana.

Únicamente nos falta por avisar que nos referimos siempre al CEC a partir de su edición típica 1997 incluida. Desde su primera edición en 1992 hasta 1997, y en menor medida después hasta nuestros días, el Catecismo ha experimentado algunos cambios que se han ido incorporando en las posteriores ediciones.

Esta introducción al estudio del Catecismo de la Iglesia consta de siete temas. Podrían considerarse distribuidos en tres partes:

- a) Los dos primeros tienen carácter preliminar. En ellos se estudia el CEC como *instrumento para comunicación de la fe* (1), en sus *orientaciones fundamentales y estructura* (2).
- b) Los tres siguientes abordan los grandes ejes transversales del CEC: *la Trinidad y Cristo como centro* (3); *la Iglesia, que recorre el camino del hombre* (4); como fruto y profundización de los dos temas anteriores, estudiamos *la vida cristiana como don y tarea* (5).
- c) Los dos últimos temas exponen lo que podría llamarse el dinamismo – obra del Espíritu Santo– de la existencia cristiana: desde el centro de esa existencia, constituido por la Eucaristía y la caridad, en la persona misma del cristiano –*culto espiritual y santidad* (6)– y en su acción –*transformación cristiana de mundo* (7)–.

El *apéndice* final expresa el servicio que puede prestar el CEC a la educación cristiana, en un marco de pluralismo cultural y religioso.